



Ciudad baldía

Francisco Partida Hoy



Ciudad baldía

Ciudad baldía

FRANCISCO PARTIDA HOY

Primera edición, 2025

D.R. © 2025, Francisco Partida Hoy

ISBN: 978-84-10470-37-8

Hecho en México
Made in Mexico

Para Aída

En las calles chamuscadas, la humilde ceniza
alza una ventisca gris que se posa en los escombros.

El humo monta guardia, va de un lado a otro,
en el paisaje desolado, su danza desespera.

Techos derruidos y sombras altas,
un aluvión de lodo sale de las casas.

Acordes monótonos que amabas,
se repliegan en tu cabeza negligentes,
ufanos de belleza.

Las llamas consumen lo intangible
y la tierra fértil se escama.

En el baldío del barrio,
entre sombras y espinos,
los temblorosos fuman su piedra
de una pipa jerárquica y colectiva.

Con ojos perdidos en el fueguito,
todos desesperan su turno.

Sus largos cuerpos marchitos,
se acuestan por un rato en lejanos paraísos
entre basura y frío, donde los miedos se tornan
exuberantes jardines de risas.

Ojos vidriosos que se escaldan
huyendo de la luz matutina,
pero anhelando una segunda danza
en el pringoso límite de la muerte.

Al mediodía,
como dioses joviales
en la joroba del cielo
avanzan alegres soles
sobre fragmentos urbanos

Cada gárgola de azotea
estornuda nostalgias polvorientas
cada alcantarilla reseca
aúlla fiera en su cubil
y sin fuerzas los edificios
inclinan sus tejados sombreros

Mientras la ciudad agoniza
hombres domésticos
sueñan jugosos renacimientos
donde niños serán bien prensados
en la máquina de algún progreso.

¿Es el progreso un ave negra,
que surca el cielo con alas secas,
devorando sueños de mirada fría,
y solo deja cicatrices en la tierra?

Me niego a creerlo.
Sin embargo,

¿Por qué corre sin piedad su sombra
consumiendo el presente hasta los huesos?

Sus garras afiladas cortan horizontes
dejando a su paso un yermo ardor
y en las casas malas noticias

ya pasamos por ahí algunos,
pero aún no nos acostumbramos al espanto
del culto al futuro, noche ebria
que regresó en un viaje en el tiempo

El crepúsculo tiñe el cielo de amaranto,
Mientras el bosque bosteza
sobre la ciudad hecha polvo

Los árboles reclaman los salones inútiles,
las avenidas y auditorios
Las calles se cubren de un musgo
verde silencioso

En rincones sin ego florecen lirios blancos.
Ruinas como arrecifes,
vegetación recuperando el aliento,
en armonías no geométricas.

La ciudad desaparece, finalmente,
bajo el dosel de la floresta

Un viento amarillo entra en las casas
susurrando pesadillas
de cuando la ciudad fue sagrada
al menos en sus himnos
y cuyos hijos soldados volvió.

Desde tierras lejanas llegan noticias
de sus hazañas malignas.
Soplan cuchillos de vidrio en el viento,
y duermen muertos en los lagos
Oh, patria de cárteles negros.

La ilusión de orden
todo arrasa consigo.
El viento amarillo, máscara de piedra,
escribe versos durante siglos.

En una calle sin nombre
soy el árbol que hojas llorando
paso impacientes otoños,
cuando aquel nubarrón hizo sonar
mi alobado trombón de viento.

Anoche murió un gorrión en mis ramas;
sus alas yacen quietas,
el aire susurra un adiós sereno.

Mis pájaros callan
y el cielo reparte nubes
como flores para el duelo.

Urbe mala paga de pulso frenético
tus fábricas se alzan tiesas
como negros cipreses en celo

Tus chimeneas escupen
resacas duraderas y ruido de dinero
en el aire seco de la noche.

Entrañas mecánicas gruñen famélicas

Pero en medio de la vorágine
se cuele la poesía del cansancio,
la belleza del hartazgo,
la melodía del ocio
que a las fábricas infecta de muerte.

El ojo del tiempo contempla impávido
la danza efímera de la vida callejera,
nunca se enamora de los seres,
nunca parpadea, ni llora, ni flaquea,
solo bosteza.

¿Qué vio tras el velo de la duración?
¿Qué habrá en un rincón distante?

Mientras exista la porfía inteligente,
en tanto respire el monstruo perfecto,
el ojo del tiempo será como un sol inmóvil,
un testigo desganado del inútil afán de cada hombre.

Sobre carcomidas paredes
crecen raíces amnésicas
enredándose en las grietas
de insensibles moradores

Capas de ruinas se apilan,
palimpsesto de voces;
vasijas, esqueletos, medallas
se vuelven polvo salitroso
sin remedio poco a poco.

De puntillas, la niña esperanza
cree haberlo visto todo.
No sabe nada o no aprende
que la ciudad, canosa bruja,
es cementerio de páginas roídas,
libro del que sólo conocemos la portada.

Patio tranquilo en día sereno
nubes altas inmóviles
y gran silencio

De pronto, una llama verde,
entra aleteando y hace sonreír
los muros de mi patío

Su pelaje radiante, su pico un rubí,
y en cada segundo deja mil estelas de luz,
en pequeñas pepitas de oro

en su mirada se adivina
un mensaje de agua fuerte
un instante interminable,
y una canción esmeralda.

Periferia de labios sin carne
esclava de ojos serviles
suburbios de caspa rubia

buitre que devora una palabra
como nube tasajada
por un atardecer de púrpura rabia

hienas humanas ríen nerviosas
como cáscaras pisoteadas en el bosque

la vida se desvanece
en un cementerio de optimistas.

Con alas de obsidiana iridiscente
y picos adaptados al tiradero
bajan temprano a las calles los zanates
a perforar bolsas de basura
pik, sobras de sushi
pik, pik, huesos de pollo

Belleza ridícula, recortes de cielo.
Nova metrópolis, pirámide de luz.

Dinosaurios del ajetreo diario
observadores del flujo sin pausa
moradores de rincones en equilibrio precario

Sus vuelos errantes llevan la antorcha
de un tiempo dorado sin dioses.

Donde el bullicio ahoga el silencio
los animales miran de reojo la ciudad
y la selva cede ante las casas

Destellos incompasivos
iluminan con falsa pasión la tarde
y en los ojos de sombras moteadas
se refleja un no sé qué inconsolable

En la furia tempestuosa
donde el cielo se desgarrar
las ramas tiemblan sacudidas por el viento

Mas entre estruendos y relámpagos
un milagro se cierne;
la tormenta barre la memoria
pero salva los fresnos de la muerte

Los árboles erguidos como atlantes
desafían al destino
sus ramas se retuercen sin quebrarse
como indomables poemas japoneses

Agoniza en mi barrio un árbol retorcido,
palacio del pájaro que en la fronda
escucha una sinfonía de vientos

Algunos días sus hojas bailan
y otros caen desteñidas.
Viejo árbol, tabernáculo del sabio,
dios de arrugas sin cara.

Árbol de sombra morada,
árbol de frutos extraños,
árbol de lluvia y maravilla,
vieja jacaranda encorvada.

Los pobres diablos
vagan sin rumbo en las tinieblas taciturnos
como siluetas de espectros cansados,
vagabundos, fantasmas en agonía,
cadáveres desenterrados de una fosa colectiva.

En su helado andar buscan sin remedio
cariño en el calor de un perro,
alimento en los restos de la fiesta.

Deambulando el laberinto enloquecidos,
un paso más lento a cada vez,
se arrastran los de uñas negras.

Vagan vacíos los días menudos
Vagan vacíos las noches de fiesta.

Donde antes follaje y viento charlaban
en las copas susurrantes,
ahora se yergue un templo negro:
una babel de rezos, mitos y disparates.

El parque, otrora vergel de risas,
hoy es piedra de arrepentimientos
donde se intercambia lo complejo
por lo aburrido muy de misa.

Trabes en lugar de ramas,
niños dormidos de aburrimiento;
adiós húmedas hierbas
donde la sinrazón devoró la vida.

La luna sobre la azotea de los recuerdos
vierte su leche en rincones olvidados.
Cada destello es un pálido diablo
que viene a bailar en los tejados
cuando la mente se empoza en el ayer.

En el espejo bruñido del astro frío
me sumerjo como en un mar de llantos.
Tengo ganas de beber un veneno inofensivo
que lentamente me arranque la memoria retorcida.

Lo vivido no fue malo
sino malvado el recuerdo compungido.
Necia la culpa puritana,
empedernido el “hubiera sido”.

Noche pendenciera
adolescentes rabiosos,
ebrios de juventud, ruedan la carretera.

Veloces relámpagos negros
desafían las blancas consejas
en la prisa que todo desabotona.

Entre risas quemán llantas
Haciendo arder
un frenesí de salvaje tango

Jinetes montando dragones,
beben adrenalina en cuernos de toro.

Calle escorchada de sol,
perro errante, perro errante
pelaje sucio,
mirada cansada
hambre perpetua

Observador atento,
voluntad resuelta,
agenda propia de sus vaivenes

Último ser social,
discriminado global,
invisible para todos.

El último manantial cristalino de mi barrio
gotea lágrimas de gasolina.
Un veneno por cizaña fue vertido
por hermanos del predio querellosos.

El chorrito que un día se creyó la Alhambra,
ahora se oculta entre agravios

¿Dónde quedaron bondad y belleza,
si las aves pasan de largo?

Los gusanos no arañan más la tierra.
Venero contaminado, eterna fuente de desdicha.

Vistiendo harapos tiesos,
el loco bajo la lluvia
baila cuando el día es espesura
de agua blanda que se precipita.

Hablando con las sombras
encontró una farola amarilla,
y a rastras llevó bajo tierra
una canción de ungüentos

Los niños con temor lo miran, los adultos lo evitan;
su alma de plomo, pese a todo,
en la noche eterna ni se inmuta.

Quizás en su mente habiten sueños,
o tal vez solo quede el eco distante de un hombre
antes de convertirse en enigma.

¡Luna, cuelga de mis lágrimas
tu conejo de arena,
te imploro, antes que muera la noche!

Entra ya en el charco triste
de mis ojos, y derrama
una salada cascadita.

Mientras las estrellas tiemblen,
camina serena y fría a mi lado.

Mas, bien sé que tus rayos no me hieren,
ni tus oídos mis ruegos atienden,
Avanza, pues, con tus pies de escarcha
a esconderte en la piel del alba.

Niña de ojos valientes
entre hombres perversos,
velos y muros se han caído
del alto frontón de tus héroes
viejos y nuevos.

Languidece entre sombras reales,
la última luz de tus fantasías:
espejismos en el desierto
melodía de ensueños,
¡Despierta!

El Sol casi se ha ido
dejando al cielo abandonado.

Las sombras se alargan
estirándose como gatos en el suelo.

La ciudad se sumerge
en quietud profunda
sin tiempo.

Un sol se ha ido,
otro sol duerme despierto.

En el parque acuarela
las carriolas ruedan
entre leones y sirenas
de piedra

A través de frondas ocres
un polvillo áureo
se cuele desde el sol
hasta el agua

visión de abril
ilusión, sortilegio,
a mi memoria te ato
para que al tiempo
domesticada conmigo
habites como un recuerdo.

Porque en tus comisuras veo
un brocal de espino
y una promesa
que cuanto más me acerco
más se aleja
te amo.

Vivo y muero al vino tinto y renazco en el agua fría.

bajo un puente de piedra
me baño de sombra,
y humedezco mis huesos
pensando tus pupilas,
gotas de ámbar
en la llama blanca
que me espera dormida.

Soñaba con mi casa, pero la de antes, la de mis padres
y andando en ella con ojos cerrados, contando los pasos
tope conmigo mismo, pero el de antes, el de ojos nuevos.

Muy quedito me dije: quédate un rato,
pues tengo tiempo para escuchar tantito de las voces del
río,
de la arena voladora o del caballero del libro.

Y me senté en mi cama, pero la de antes, la de patas ruidosas
y noches en vilo, a escuchar despierto, pero dormido,
puros cuentos chinos.

Entre fuegos azules
las cariátides desnudas
aúllan al cielo cobarde
agudísimos lamentos.

Adiós ciudad de mis abuelos
todo se quema, se retuerce,
caen los techos, vuelven las plagas,
danzan las cenizas y se ahogan
quejas de voces confusas.

Desmoronados siglos
risas desdichadas;
la ciudad arde por días
y se extinguen los clamores
de la fiesta rostizada.

Merodea en el crepúsculo siniestro
cual barco abandonado en la escollera
un hombre ávido de ponzoña

Sus ojos reflejan incendios y copas rotas
por las últimas parejas desveladas
la noche entera

Guardián de secretos, en su andar nocturno
recorre con ojos errantes una hiedra espinosa
olfateando su vicio en el malecón erizo.

Como si lloviera tupido una tarde neblinosa
y yo bebiendo fuego en una terraza
mirase lejos,
ahora disfruto cuando escribo.

Como si tu cuerpo tibio turnara a mis manos
y con caricias lentas en la oscuridad ciega
de ti hiciera un mapa,
ahora disfruto cuando escribo.

Como si en dulces sueños compusiera una melodía
y al despertar, fresca en los labios
aún la retuviera,
ahora disfruto cuando escribo.

Estridente trueque matutino,
pugnas alevosas con machetes,
mil voces enredadas en el tianguis,
sacando chispas por tres pesos menos.

Cráneos de cabras adornan comederos,
salsas rojas contienen hervor de sangres.
Vida y muerte en abrazo contrapuestas,
calle sabatina que, sin crisálida,
ahora es papalote de colores.

Moscas borrachas, mis amigos
patas arriba aletean
y dan tantas vueltas al baño
que media tarde parecen enfermos.

Grandilocuentes filosofastros
ofuscados por insufribles temas
de conversación anodina
felices nos enfrascamos

Gente sobria nos observa con lástima mezquina,
como ejemplos del mal camino.

No odiamos a esas personas, claro,
pero parece que nos sentimos mejor
cuando no están cerca.

Ciudad baldía

se terminó de imprimir en febrero de 2025
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
44100, Guadalajara, Jalisco, México.

El tiraje fue de 50 ejemplares.

www.edicionesdelanoche.com



978-84-10470-37-8



9 788410 470378